



Quizá era otoño -alardeciendo
las hojas se amontonaban
bajo los paraísos alineados
dibujando manchones amarillos
bajo cada árbol desnudo.

En la distancia
las sierras pardas
emergían entre brumas
rojizas de crepúsculo.

Un vientecillo tibio traía
el olor de los corrales
entremezclado con el aroma
crujiente del pan caliente
y el humo de las chimeneas.



De las casas enfiladas
con sus paredes descarnadas
y sus techos grises
salían voces y ruidos familiares.

Eran las seis de la tarde
y en la fábrica
vibraba la sirena.
El camino abandonó la quietud
y se llenó de bicicletas
apresuradas por hombres
cansados y hambrientos.

Salimos de las casas
y esperamos...
uno de ellos - siempre
venía hacia nosotros
era parte nuestra
como el otoño
como las sierras
como las hojas secas
y los árboles.



Al verlo aparecer
por la calle de tierra
llevándote en brazos
corríamos a su encuentro.

De esto hace treinta años.



W. S. O. '83



Al verlo aparecer
por la calle de tierra
llevándote en brazos
corriamos a su encuentro.

De esto hace treinta años.



El dejaba su bicicleta
nos besaba se lavaba
y sentados todos
a la vieja mesa de tablas
ferrada con hule verde
tomábamos el café
con pan y manteca
que la madre nos alcanzaba.

Después salíamos de la casa,
nosotros tras el
y marchábamos al galpón.

Como todos los días,
al atardecer
buscaba los troncos
de la pila cribada.
Tomaba el hacha con vigor,
su cuerpo se tensaba
arqueábase
y con un quejido
descargaba el golpe.

Una y otra vez
el movimiento se repetía.
Saltaban las astillas,
primero la piel rugosa
luego la pulpa ocre
y el filo penetraba
hasta que aparecía fibroso
el tímido corazón del algarrobo.

- ¡A un lado! nos decía.
Escupía sus palmas,
restregaba sus manos,
retomaba el hacha con fuerzas,
tensaba sus músculos,
arqueaba su cuerpo
y, con un quejido de potencia,
asesaba el corte final.

El tronco crujió,
se partía en dos
y, limpiamente,
rodaba un leño.

Oliendo sudor, agitado
el hombre se erguía
y nos miraba sonriente.

Vas, rebozante de felicidad,
lo mirabas asombrado
reías, reloxabas
y en la plenitud del goce
exclamabas:

- ¡otro, papá, quiero otro!

En el horizonte
las sierras se cubrían
con el velo restallante
del crepúsculo brumoso
y un camino se abría
hacia adelante.

Quizá era otoño -atardeciendo
las hojas se amontonaban
bajo los paraísos alineados
dibujando manchones amarillos
bajo cada árbol desnudo.

En la distancia
las sierras pardas
emergían entre brumas
rojizas de crepúsculo.

Un vientecillo tibio traía
el olor de los corrales
entremezclado con el aroma
crujiente del pan caliente
y el humo de las chimeneas.

De las casas enfiladas
con sus paredes descarnadas
y sus techos grises
salían voces y ruidos familiares.

Eran las seis de la tarde
y en la fábrica
vibraba la sirena.
El camino abandonó la quietud
y se llenó de bicicletas
apresuradas por hombres
cansados y hambrientos.

Salimos de las casas
y esperamos...
uno de ellos -siempre
venía hacia nosotros
era parte nuestra
como el otoño
como las sierras

como las hojas secas
y los árboles.

Al verlo aparecer
por la calle de tierra
llevándote en brazos
corríamos a su encuentro.

De *ésto* hace treinta años.

El dejaba su bicicleta
nos besaba se lavaba
y sentados todos
a la vieja mesa de tablas
forrada con hule verde
tomábamos el café
con pan y manteca
que la madre nos alcanzaba.

Después salíamos de la casa,
nosotros tras él
y marchábamos al galpón.

Como todos los días,
al atardecer
buscaba los troncos
de la pila cribada.
Tomaba el hacha con vigor,
su cuerpo se tensaba
arqueábase
y con un quejido
descargaba el golpe.

Una y otra vez
el movimiento se repetía.
Saltaban las astillas,
primero la piel rugosa

luego la pulpa ocre
y el filo penetraba
hasta que aparecía, fibroso
el tinto corazón del algarrobo.

-¡ A un lado! nos decía.
Escupía sus palmas,
restregaba sus manos,
retomaba el hacha con fuerzas,
tensaba sus músculos,
arqueaba su cuerpo
y, con un quejido de potencia,
asestaba el corte final.
El tronco crujía,
se partía en dos
y, limpiamente,
rodaba un leño.

Oliendo sudor, agitado
el hombre se erguía
y nos miraba sonriente.

Vos, rebosante de felicidad,
lo mirabas asombrado
reías, retozabas
y en la plenitud del goce
exclamabas:
- ¡otro, papá, quiero otro!

En el horizonte
las sierras se cubrían
con el velo restallante
del crepúsculo brumoso
y un camino se abría
hacia adelante

26/VI/80

